

El militarismo y las guerras que vendrán

István Mészáros

Profesor. Universidad de Sussex, Gran Bretaña.

No es la primera vez en la historia que el militarismo pesa en la conciencia de las personas como una pesadilla. Entrar en pormenores tomaría demasiado tiempo, pero bastaría con remontarse solo al siglo XIX, cuando cobró valor como instrumento importante en la formulación de la política, con el despliegue del imperialismo moderno en una escala mundial, en contraste con sus variedades anteriores, mucho más limitadas. En el último tercio del siglo XIX, no solo los imperios británico y francés eran prominentes gobernantes de vastos territorios, sino también los Estados Unidos hacían sentir su pesada impronta al tomar, directa o indirectamente, las antiguas colonias del imperio español en América Latina, añadiéndoles la represión sangrienta de una gran lucha de liberación en Filipinas e instalándose como soberanos en esa zona, de un modo que todavía hoy persiste, de una forma u otra. Tampoco debemos olvidar los desastres provocados por las ambiciones imperialistas de

Bismarck, «el Canciller de Hierro», y los ingentes esfuerzos posteriores de sus sucesores por alcanzarlas, que provocaron el estallido de la Primera guerra mundial y sus secuelas profundamente antagónicas, origen del revanchismo nazi de Hitler, que prefiguraba claramente la Segunda guerra mundial.

Los peligros e inmensos sufrimientos provocados por todos los intentos de solucionar arraigados problemas sociales por medio de intervenciones militaristas, en cualquier escala, resultan evidentes. Pero si examinamos más de cerca la tendencia histórica de las aventuras militaristas, se hace aterradoramente claro que muestran una intensificación aún mayor y una escala siempre creciente, desde enfrentamientos locales y dos horribles guerras mundiales en el siglo XX, hasta la posible aniquilación de la humanidad, cuando llegamos a nuestros tiempos.

Resulta en extremo pertinente mencionar, en este contexto, a Karl Marie von Clausewitz (1780-1831), distinguido oficial prusiano y estratega práctico y teórico, quien murió el mismo año que Hegel, ambos de cólera. Fue von Clausewitz director de la Escuela Militar de

Temas agradece al autor por la autorización a publicar en español este ensayo, aparecido originalmente en *Monthly Review*, junio de 2003.

Berlín en los últimos trece años de su vida, y en su obra, publicada póstumamente, *Vom Kriege (De la guerra)*, ofreció una definición clásica, que todavía se cita con frecuencia, sobre la relación entre la política y la guerra: «la guerra es la continuación de la política por otros medios».

Esta famosa definición era sostenible hasta hace poco, pero en nuestros tiempos se ha hecho por entero insostenible. Suponía la *racionalidad* de las acciones que vinculan las dos esferas: la política y la guerra, una como continuación de la otra. En este sentido, tenía que existir la posibilidad de *ganar* la guerra, al menos en principio, incluso si pudieran contemplarse errores de cálculo que condujeran a la derrota en el nivel instrumental. La derrota en sí no destruiría la racionalidad de la guerra como tal, ya que después de la nueva consolidación de la política, independientemente de cuán desfavorable esta fuera, la parte derrotada podía planear una nueva ronda de guerra como continuación racional de su política por otros medios. Así, la *conditio sine qua non* que debía satisfacerse en la ecuación de Von Clausewitz era la *posibilidad de ganar la guerra en principio*, a fin de recrear el «ciclo eterno» de la política que conduce a la guerra, y de nuevo a la política que conduce a otra guerra, y así *ad infinitum*. Los agentes que participan en dichos enfrentamientos son los Estados nacionales. Independientemente de lo monstruoso de los daños que inflijan a sus adversarios, e incluso a su propio pueblo —recuérdese a Hitler—, la racionalidad del empeño militar estaba garantizada, si se pensaba que la guerra podía ganarse en principio.

La situación actual

Hoy la situación es cualitativamente diferente, por dos causas principales. En primer lugar, el objetivo de la guerra viable en la actual fase de desarrollo histórico, de acuerdo con las necesidades objetivas del imperialismo —*dominación mundial* del Estado capitalista más poderoso, en sintonía con su propio diseño político de implacable «globalización» autoritaria, disfrazada de «libre cambio», en un mercado mundial gobernado por los Estados Unidos—, es en última instancia *imposible de ganar* y, en lugar de ello, prefigura la destrucción de la humanidad. En modo alguno cabría pensar que este objetivo pudiera considerarse *racional*, de acuerdo con el requisito que exige la «continuación de la política por otros medios» por un país o un grupo de países contra otro. Imponer agresivamente la voluntad de un Estado nacional poderoso sobre todos los demás —incluso si, por cínicas razones tácticas, la confrontación por la que se aboga se disfraza de «guerra puramente limitada»,

conducente a otras «guerras limitadas abiertas»—, solo puede calificarse de *irracionalidad total*.

La segunda razón refuerza enormemente la anterior, porque, por primera vez en la historia, las armas disponibles para llevar a cabo las guerras del siglo son capaces de exterminar no solo al adversario, sino a toda la humanidad. Tampoco debemos tener la ilusión de que el armamento existente representa el punto final del desarrollo militar. Mañana o pasado mañana pudieran aparecer otras armas, incluso más instantáneamente letales. Además, amenazar con su empleo se considera hoy un recurso estratégico estatal aceptable. Así, si unimos la primera y la segunda causa, la conclusión es inevitable: concebir la guerra como un mecanismo de gobierno global en el mundo de hoy subraya que nos encontramos en el precipicio de la *irracionalidad total*, y que no hay vuelta atrás si aceptamos el curso sostenido de su desarrollo. Lo que faltaba en la definición clásica de la guerra, según Von Clausewitz, como «continuación de la política por otros medios», era la investigación de sus *causas* subyacentes más profundas, y la posibilidad de *evitarlas*. El desafío de encarar esas causas es hoy más urgente que en cualquier otro momento anterior, porque la guerra del siglo que se cierne sobre nosotros es «imposible de ganar en principio». Peor aún, es, *en principio, inganable*. Por consiguiente, concebir la búsqueda de la guerra, como se ve en el documento estratégico de 17 de septiembre de 2002 del gobierno de George W. Bush, hace que la irracionalidad de Hitler parezca un modelo de racionalidad.

Una fase nueva del imperialismo

A partir del 11 de septiembre de 2001, Washington ha estado imponiendo sus políticas agresivas al resto del mundo con un abierto cinismo. La justificación para el supuesto cambio de curso de la «tolerancia liberal» a lo que ahora se llama la «defensa decidida de la libertad y la democracia», es que ese día los Estados Unidos fueron víctimas del terrorismo mundial, en respuesta a lo cual es imperativo llevar a cabo una «guerra contra el terror», indefinida e indefinible, pero arbitrariamente definida, de hecho, como la forma que mejor conviene a los círculos estadounidenses más agresivos. Se admite que la aventura militar en Afganistán fue solo la primera de una serie ilimitada de «guerras preventivas» que se emprenderían en el futuro. La siguiente se llevó a cabo en el país que, no hace mucho, fue un aliado muy favorecido de los Estados Unidos —Iraq—, a fin de apropiarse de los vastos recursos financieros del Medio Oriente, y controlarlos de posibles rivales, dada su naturaleza estratégica crucial.

Desde el inicio de la crisis estructural del capital de fines de los años 60 o principios de los 70, vivimos en una fase cualitativamente nueva del imperialismo, con los Estados Unidos como fuerza dominante de forma abrumadora.

Sin embargo, el orden cronológico de la actual doctrina militar norteamericana se presenta por completo de cabeza. En realidad, no hay dudas de que se trata de un «cambio de curso» posterior al 11 de septiembre de 2001, que se dice fue posible por la turbia elección de George W. Bush a la presidencia, en lugar de Al Gore, pues el presidente demócrata Bill Clinton estaba llevando a cabo el mismo tipo de política que su sucesor republicano, aunque en forma más camuflada. En cuanto al ex candidato presidencial demócrata Al Gore, en diciembre de 2002 declaró que apoyaba por entero la guerra contra Iraq, dado que una guerra tal «no significaría un cambio de régimen», sino simplemente «desarmar un régimen que posee armas de destrucción masiva». ¿Habrás visto cinismo e hipocresía mayores?

Desde hace mucho, tengo la firme convicción de que desde el inicio de la crisis estructural del capital de fines de los años 60 o principios de los 70, vivimos en una fase cualitativamente nueva del imperialismo, con los Estados Unidos como fuerza dominante de forma abrumadora. En *Socialism or Barbarism* la llamé «la nueva fase histórica del imperialismo hegemónico mundial».¹

La crítica al imperialismo norteamericano —de manera diferente a las fantasías de moda sobre el «imperialismo desterritorializado», que se supone no lleve consigo la ocupación militar de los territorios de otros países— constituye el tema central de mi libro. Escribí un largo capítulo titulado «La fase que pudiera ser más letal del imperialismo» dos años antes del 11 de septiembre de 2001, y lo presenté en una conferencia en Atenas, el 19 de octubre de 1999. Recalqué que «la forma fundamental de amenazar a un adversario en el futuro —la nueva *diplomacia de las cañoneras*— sería el *chantaje nuclear*».² Después de publicadas estas frases —primero en marzo de 2000, en un periódico griego, y luego como libro, en italiano, en septiembre de 2000—, el horripilante cambio estratégico-militar que predije, hacia la amenaza nuclear definitiva —y que podría dar inicio a una aventura que precipitara la destrucción de la humanidad— ya no está camuflado, sino que constituye la política norteamericana oficial declarada. Tampoco cabría imaginar que la declaración abierta de una doctrina estratégica tal constituye una amenaza fútil a un «eje del mal» que es solo propaganda retórica. Al fin y al cabo, fueron los Estados Unidos

quienes usaron *realmente* el arma atómica de destrucción masiva contra el pueblo de Hiroshima y Nagasaki.

Cuando examinamos estos temas extremadamente graves, no puede satisfacernos ninguna indicación que señale hacia una coyuntura política específica y cambiante. Más bien, debemos colocarlos sobre su trasfondo de profundo desarrollo estructural, y necesario desde un punto de vista económico y también político. Esto es de la mayor importancia si deseamos concebir una estrategia viable que se oponga a las fuerzas responsables de la peligrosa situación actual. La nueva fase histórica del imperialismo hegemónico mundial no es simplemente la manifestación de las relaciones existentes en las «políticas de las grandes potencias» —con ventaja abrumadora para los Estados Unidos—, contra las cuales se pudiera hacer valer una realineación futura de los Estados más poderosos o, incluso, algunas manifestaciones bien organizadas en la arena política. Lamentablemente, es mucho peor que eso, pues estas eventualidades, aun en el caso de producirse, de todos modos dejarían intactas las causas subyacentes y las determinaciones estructurales.

Sin dudas, la nueva fase del imperialismo hegemónico mundial se encuentra bajo el dominio preponderante de los Estados Unidos, mientras otros aspirantes a potencias imperialistas parecen aceptar, en su conjunto, el papel de aferrarse a los faldones de la chaqueta norteamericana, aunque, por supuesto, no hasta el fin de los tiempos. Sobre la base de inestabilidades ya discernibles, es posible concebir, sin dudas, la explosión futura de antagonismos importantes entre las grandes potencias; pero ¿acaso ofrecería esto respuesta a las contradicciones sistémicas que están en juego, sin atender a las determinaciones causales que se encuentran en las raíces de los acontecimientos imperialistas? Sería pecar de inocencia pensar así.

Aquí solo desearía subrayar una preocupación central, a saber: que la lógica del capital es, por entero, inseparable del imperativo del dominio del más débil por el más fuerte. Incluso cuando se piensa en el que suele considerarse, en general, el componente más positivo del sistema, la *competencia*, que da origen a la expansión y el avance, su acompañante necesario es el empuje al *monopolio* y el sometimiento o exterminio de los competidores que lo obstaculizan. El imperialismo, a su vez, es también el resultado necesario del empuje

incesante del capital hacia el monopolio. Las fases cambiantes del imperialismo encarnan y afectan, en forma más o menos directa, los cambios en el desarrollo histórico sostenido.

Respecto de la fase actual del imperialismo, existen dos aspectos de importancia capital, vinculados íntimamente. El primero es que la tendencia material y económica final del capital es ir hacia la *integración mundial* que, sin embargo, no puede obtener en el nivel político. Esto se debe en gran medida al hecho de que el sistema capitalista mundial se desarrolló en el curso de la historia como una multiplicidad de *Estados nacionales* divididos y, de hecho, antagónicamente opuestos. Ni siquiera las colisiones imperialistas más violentas del pasado fueron capaces de producir resultados perdurables a este respecto, pues no pudieron imponer a sus rivales la voluntad del Estado nacional más poderoso, de manera permanente. El segundo aspecto de nuestro problema —la otra cara de la misma moneda— es que, a pesar de todos los esfuerzos, el capital no logró producir *el Estado del sistema capitalista como tal*. Esta sigue siendo la más grave de las complicaciones para el futuro, independientemente de toda la habladuría sobre la globalización. El imperialismo hegemónico mundial, dominado por los Estados Unidos, es un intento, condenado en última instancia al fracaso, de superponerse a todos los demás Estados nacionales, recalcitrantes más tarde o más temprano, como Estado «internacional» del sistema capitalista. Aquí también enfrentamos una contradicción enorme: incluso, los recientes documentos estratégicos norteamericanos más agresivos y abiertamente amenazadores, intentan justificar las políticas «válidas universalmente», por las que abogan en nombre de los «intereses nacionales norteamericanos», al tiempo que niegan estas consideraciones a los demás.

Cuando patria sea humanidad

Podemos apreciar la relación contradictoria existente entre una *contingencia histórica* —el capital norteamericano, que se encuentra en estos momentos en posición preponderante— y la *necesidad estructural* del propio sistema capitalista. Esta última puede resumirse como el empuje material irrefrenable del capital hacia la integración mundial monopolista a cualquier costo, incluso si ello significa poner en peligro directo la propia supervivencia de la humanidad. Aun si fuera posible oponerse satisfactoriamente, en el plano político, a la contingencia histórica norteamericana que hoy prevalece —a la que precedieron otras configuraciones imperialistas en el pasado, y muy bien pueden seguir

otras en el futuro—, o sea, si sobrevivimos a los fulminantes peligros actuales, la necesidad estructural o sistémica que emana de la lógica monopolista, en última instancia mundial, del capital sigue siendo tan apremiante como en cualquier otro momento. Porque cualquiera que sea la forma que adopte, en concreto, una contingencia histórica futura, es probable que la necesidad sistémica subyacente continúe siendo el empuje hacia el *dominio mundial*.

Se trata, por tanto, no solo de aventuras militaristas de algunos círculos políticos, que pudieran enfrentarse y superarse satisfactoriamente en los niveles político y militar. Las causas son mucho más profundas y no pueden contrarrestarse sin introducir cambios fundamentales en las determinaciones sistémicas más internas del capital como modo de control metabólico social —de reproducción general—, que abarca no solo las esferas económica, política y militar, sino también las interrelaciones cultural e ideológica más mediatas. La expresión «complejo militar industrial» —introducida en sentido crítico por el presidente Dwight Eisenhower, quien sabía sobre esto una o dos cosas— indica a las claras que lo que nos interesa es algo mucho más firme y tenaz que algunas determinaciones —y manipulaciones— políticas y militares directas que pudieran, en principio, revertirse en ese nivel. La guerra, como «continuación de la política por otros medios», siempre nos amenazará dentro del marco actual de la sociedad y, en estos momentos, con la aniquilación total. Nos amenazará mientras seamos incapaces de enfrentar las determinaciones sistémicas que se encuentran en las raíces de la formulación de decisiones políticas, que en el pasado hicieron necesaria la aventura de las guerras. Estas determinaciones atraparon a los diversos Estados nacionales en el círculo vicioso de la política conducente a las guerras, llevando consigo políticas antagónicas intensificadas que debieron explotar en más y siempre mayores guerras. Elimínese del cuadro, en forma más bien optimista y para fines de debate, la contingencia histórica del capital norteamericano actual y seguirá quedando la *necesidad sistémica* del orden de producción, siempre más destructivo, del capital, que lleva a primer plano las contingencias históricas específicas, cambiantes, pero cada vez más peligrosas.

La producción militarista, plasmada hoy principalmente en el «complejo militar industrial», no constituye una entidad independiente, reglamentada por fuerzas militares autónomas que entonces también serían responsables de las guerras. Rosa Luxemburgo fue la primera en colocar estas relaciones en su perspectiva adecuada, allá por 1913, en su obra clásica *La acumulación del capital*, publicada en inglés cincuenta años más tarde. Noventa años atrás subrayó

proféticamente la importancia creciente de la producción militarista al señalar que

el capital controla en última instancia, este movimiento automático y rítmico de la producción militarista por medio del poder legislativo y de una prensa cuya función es moldear a la llamada «opinión pública». Es por ello que esta esfera particular de la acumulación capitalista parece capaz de expansión infinita.³

Por consiguiente, nos interesa analizar un conjunto de indeterminaciones que deben contemplarse como partes de un sistema orgánico. Si deseamos luchar contra la guerra como mecanismo de gobierno mundial —como debemos hacerlo para salvaguardar nuestra propia existencia—, debemos situar los cambios históricos que se han producido en las últimas décadas en su marco causal. El diseño de un Estado nacional muy fuerte que controle a todos los demás, siguiendo imperativos que emanen de la lógica del capital, solo puede conducir al suicidio de la humanidad. Al propio tiempo, es menester reconocer que la contradicción aparentemente insoluble entre las *aspiraciones nacionales* —que explotan de cuando en cuando en antagonismos devastadores— y el *internacionalismo* solo puede resolverse si se regula sobre una base *plenamente equitativa*, por entero inconcebible en un orden estructurado jerárquicamente por el capital.

En conclusión, a fin de concebir una respuesta históricamente viable a los desafíos de la actual fase de imperialismo hegemónico mundial, debemos contrarrestar la *necesidad sistémica* del capital de subyugar mundialmente a la fuerza laboral mediante cualquier

organismo social concreto, capaz de asumir el papel que se le asigne en dependencia de las circunstancias. Naturalmente, esto solo puede hacerse con una alternativa radicalmente distinta al empuje capitalista hacia la globalización monopolista e imperialista, en el espíritu del proyecto socialista encarnado en un movimiento de masas que se desarrolle de modo progresivo. Pues solo cuando, para decirlo en palabras de José Martí, «patria es humanidad» constituya una realidad irreversible, podrá ser relegada permanentemente al pasado la contradicción destructiva entre el desarrollo material y las relaciones políticas humanamente gratificantes.

Traducción: David González.

Notas

1. Véase István Mészáros, *Socialism or Barbarism*, Monthly Review Press, Nueva York, 2001.
2. *Ibidem*, p. 40.
3. Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, Routledge, Londres, 1963, p. 466.

© ~~TEMAS~~, 2003.